

Aguerridos conquistadores, exploradores, aventureros. Valientes hombres decididos a conocer y someter nuevas tierras. Sin miedo a lo desconocido ni a la muerte. Caudillos respetados, o no tanto. Temidos, eso sí, muchas veces. Sus actos reflejaban estar dotados de todo lo bueno y lo malo que el hecho de ser humano contiene. Conocemos sus nombres y sus vidas: mencionarlos evoca masacres de indígenas, genocidio, conflictos bélicos, aventuras. Y también aventuras, galeones a rebosar de oro y riquezas con destino a España. Nos son queridos u odiados. Su imagen nos trae al recuerdo la historia de la grandeza pasada de nuestro país, el descubrimiento de nuevos mundos y la vergüenza de las atrocidades que allí se cometieron.

Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Juan Ponce de León, Hernando de Soto, Pedro de Valdivia, los hermanos Pizarro, Pedro de Ursúa, Lope de Aguirre, Francisco de Orellana, Diego de Almagro, Sebastián de Belalcázar, Vasco Núñez de Balboa...

Podemos intuir que, tras su faceta de hombres de guerra, militares, políticos y aventureros, hay otra más íntima, la que nos cuenta su vida cotidiana como personas, sus sentimientos y vivencias. Tenían una existencia anterior que les había arrojado al otro lado del Océano buscando renombre, fortuna, andanzas, nuevas experiencias o, a veces, tan solo, sobrevivir y tener algo que llevarse a la boca. Cada uno viajaba con su propia carga, con su pasado a cuestas. En aquellas lejanas tierras sintieron el poder, la esperanza, el miedo, el terror incluso, el hambre, pero... ¿viajaron solos? Muchas de las crónicas de la época no mencionan a las mujeres, y pocos testimonios podrían darnos nombres femeninos de quienes participaron en la Conquista, como parejas o acompañantes de los conquistadores, o individualmente, con sus propios logros y miserias. La Historia se ha olvidado de ellas.

Pero existieron.

A lo largo de esta obra, vamos a intentar poner en valor las vidas de esas mujeres, pilares indispensables en los sucesos de la Conquista de Sudamérica y América Central, desconocidas por la gran mayoría. Mujeres que, de una forma u otra, por amor o por obligación, por pasión, por codicia, o, en ocasiones, simplemente, buscando sobrevivir, se embarcaron dispuestas a cruzar el mundo conocido e intervinieron en momentos determinantes en la Historia de la Conquista. Tampoco podemos olvidarnos de las mujeres indígenas que residían allí antes de la llegada de los primeros exploradores y conquistadores. Españolas, indias o mestizas, plebeyas o nobles, esposas, amantes o concubinas jugaron un papel importante en la historia, cada una a su modo y manera, aunque poco se sabe de muchas de ellas.

Las españolas comenzaron a acercarse al Nuevo Mundo desde el mismo principio de la Conquista. Ya en el tercer viaje de Cristóbal Colón viajaron 30 mujeres, siguiendo instrucciones de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, que buscaban en cierta medida detener la proliferación de parejas mixtas que estaban surgiendo toda vez que los conquistadores se iban asentando en los nuevos territorios y mantenían relaciones, esporádicas o estables, con las indígenas. Además, las Ordenanzas de Reales de Castilla y Ordenamiento de 1484, que recopilaban la normativa relativa a los matrimonios, establecían la obligatoriedad de la pareja de convivir y hacer *vida maridable*, así que, en las más de 650 cartas que el Archivo General de Indias conserva y que fueron escritas desde el Nuevo Mundo, muchas son *cartas de llamada*, en la que los maridos reclamaban a sus mujeres y les enviaban dinero para pagar el flete. Los Reyes Católicos deseaban cuidar la pureza de sangre y, a la vez, replicar la sociedad española en sus nuevos dominios, dotando de una garantía de continuidad cultural española a las zonas recién conquistadas. En 1502, según el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, con la expedición de Fray Nicolás de Ovando llegaron unas setenta mujeres casadas. Poco más

tarde, en 1503, un navío al mando de Antonio Vélez de Mendoza zarpó de Sevilla con veintinueve parejas de hombres y mujeres casados, y sus familias. En 1505 Fray Nicolás de Ovando, de nuevo, valorando la conveniencia de traer más mujeres españolas a la isla, ordenó a todos los hombres de La Española que tuvieran esposa en España que volvieran a por ellas o hicieran que viajaran a donde ellos. Hasta 1509 se puede estimar en ciento noventa y cinco las mujeres que cruzaron el océano atlántico y llegaron al Nuevo Mundo. En la década siguiente, de 1509 a 1519, llegaron a Santo Domingo en la isla de La Española entre doscientos ochenta y dos y trescientas ocho mujeres más. En los siguientes veinte años, entre 1520 y 1539, de los trece mil doscientas setenta y dos emigrados a América, setecientas sesenta y ocho fueron mujeres, lo que supone un 5,7%. Entre 1540 y 1559 fueron más de nueve mil hombres y tan sólo mil trescientas mujeres. Y ya avanzado el siglo, entre 1560 y 1579, el 28,5% de los emigrados en esos años eran mujeres, más de cinco mil; de las cuales casi dos mil eran casadas o viudas, el 40%, y tres mil solteras, un 60%; algunas incluso, viajaron acompañadas de niños. En los últimos veinte años del siglo, entre 1580 y 1600, las cifras siguieron su ascenso nueve mil quinientos hombres, y dos mil quinientas mujeres. Y a eso tenemos que añadir que a veces ni tan siquiera aparecían en el *Catálogo de Pasajeros del Libro de Armadas*, obligatorio para cada navío.

Una demostración de valentía y arrojo lanzarse a un viaje sin seguridad, largo y lleno de incomodidades para llegar a un mundo que no conocían, pero que se antojaba peligroso e inhóspito, fuera de la seguridad conocida de sus lugares de origen pero, a la vez, también lleno de oportunidades. Llegar a América significaba, aparte de disponer de fondos para el pago del pasaje, manutención y enseres, soportar un viaje de meses en

penosas condiciones, con apenas espacio, intimidad, higiene ni comida¹. Las descripciones de los viajes son aterradoras. Según las últimas investigaciones, durante el siglo XVI de los más de cuarenta y cinco mil viajeros que partieron hacia Las Indias desde España, más de diez mil fueron mujeres, y no eran únicamente las esposas de los marinos, amantes, concubinas o prostitutas. También viajaron empresarias, hidalgas, amas de casa, sirvientas, religiosas, gobernadoras, delincuentes, virreinas y hasta una almirante, de nombre Isabel Barreto.

Entre el numeroso grupo de los españoles residentes en las nuevas tierras, las mujeres tuvieron un papel preponderante y ejercieron una importantísima actividad, no sólo a nivel de mantenimiento de la familia y el orden social, al que estaban relegadas en su España natal, sino que realmente intervinieron en la actividad económica, ya que, en muchas ocasiones, la economía de subsistencia que fue propia de los nuevos asentamientos en Las Indias necesitaba de su mano de obra y de su labor para lograr resultados positivos. Los primeros españoles debieron de vivir en bohíos² con apenas lo básico, sin comodidades. Ellas trabajaron la tierra, colaboraron en las labores del mar e intervinieron activamente en la creación y consolidación de las nuevas colonias, incluso en su construcción. En un contexto social en gran medida no organizado según los parámetros europeos acostumbrados en la época, las mujeres pudieron alcanzar una relevancia que hubiera sido impensable en sus lugares de origen. En este sentido, la Conquista supuso un gran avance social. En efecto, ellas eran las que se ocupaban de las posesiones de sus maridos, y se hacían cargo de su representación social, ordenaban y

¹ En las naos o galeones más habituales en los viajes, se calcula que el espacio era de aprox. 1.5m²/persona, sin zona de descanso, comedores, letrinas cubiertas, alimentos frescos o agua para la higiene más básica. Convivían animales y humanos, soportando olores, enfermedades, chinches y piojos. Aunque aquellos que podían pagar más dinero por el pasaje mejoraban algo estas condiciones, seguían siendo duras, sobre todo para las mujeres.

² Casas de planta rectangular construida con troncos o ramas de árbol sobre un entarimado a cierta altura del suelo para preservarla de la humedad. Son características de la América tropical.

organizaban el trabajo de los criados e indígenas trabajadores, tomaban las decisiones y firmaban pactos y acuerdos, cuando estos se encontraban lejos e, incluso, cuando morían, sin estar sus decisiones bajo la tutela de ningún varón. Muchas de ellas nunca regresaron a España y decidieron quedarse en las nuevas tierras a vivir una nueva vida, volviéndose a casar e incluso, traspasando las encomiendas de sus antiguos maridos a los nuevos, creando de tal manera pequeños feudos de posesiones territoriales. Asimismo, tenían un importante papel como ejemplo y modelo de comportamiento para los indígenas, de adoctrinamiento, tanto en lo cultural, como en lo religioso, siendo, realmente, las encargadas de fomentar una sociedad de acuerdo con los valores hispanos de la época.

En un primer momento, los asentamientos más cómodos por su estructuración social y avance de la Conquista se dieron en La Española, al menos, hasta la primera mitad del siglo XVI. Con el tiempo se fueron poblando otras zonas, ya que La Española estaba bajo una gran presión demográfica, desbordada por la llegada de numerosos conquistadores y sus familias, además de la población indígena autóctona, primero Cuba, luego México, Guatemala y el resto de Centroamérica. La gran cantidad de conquistadores españoles venidos a probar fortuna, y el escaso número relativo de mujeres del mismo origen, fomentó, sin duda, el mestizaje y las relaciones mixtas, que, con el tiempo, terminaron viéndose como normales y habituales a pesar de que la metrópoli de origen no estuviera de acuerdo con ellas.

En cuanto a situación de las mujeres indígenas en este momento histórico, los estudios son numerosos, pero elaborados desde hace relativamente poco tiempo, momento en que se ha empezado a dar importancia al mundo indígena y más aún, al papel representado por la mujer en la Historia. La población total del momento previo a la Conquista se desconoce, tan sólo contamos con aproximaciones, por lo que su distribución por sexos también nos es un dato desconocido. La catástrofe demográfica

que diezmó la población indígena en distintas fases de la Conquista, motivada por varios factores como la guerra, las enfermedades, el hambre, etc., supone que el tanto por ciento de mujeres indígenas que vivieron en la sociedad del momento post- conquista sea muy bajo.

La mujer fue parte activa en la formación de la sociedad americana, tanto en el entorno social como en el entorno doméstico. Cualesquiera de estas dos circunstancias son necesarias para el crecimiento económico y cultural de un lugar y actividad de la mujer indígena precolombina no se redujo únicamente a uno de estos dos ámbitos, aunque podemos decir esto de manera muy generalizada, porque hay notables diferencias entre su preponderancia entre los distintos pueblos. Así no era la misma situación la de la mujer mesoamericana que la de la andina, al igual que las culturas azteca, maya o inca no tenían las mismas características. Demostraron una gran inteligencia, valor, habilidad y capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias, unido a una positiva disposición para actuar. De esta forma, conseguían tener un lugar social destacado en cada pueblo indígena, desempeñando de forma efectiva y práctica aquellas tareas que tenían encomendadas, siendo ellas de este modo un claro exponente en la marcha hacia la heterogeneidad que define la cultura prehispánica.

Tal como señala Arantxa Robles Santana, *“la mujer indígena prehispánica ejerció con total dignidad todos los roles que fue asumiendo conforme se fue desarrollando la cultura americana. Estuvo presente y fue protagonista de los hechos más relevantes de la Historia, y asumió la realización de actividades políticas, sociales y religiosas, demostrando estar totalmente capacitada para ello. Estudiando al cronista Francisco López de Gómara en su Historia general de las Indias, éste alude a la posición de la mujer en las diferentes regiones, dándonos una idea de que era una sociedad mucho más cercana a los valores de igualdad actuales, que a los de profunda división de sexos y*

sometimiento de la mujer que imperaba en la España del momento. Estos datos son importantes, ya que nos documentan sobre sistemas de parentesco, virginidad y actividades de la mujer, y nos permite conocer algunas de las diferencias regionales: en distintas zonas la mujer guerreaba al igual que el hombre, como ocurría en Cartagena, Chimitao, Dairén o en Santa Marta, donde éstas iban también de caza solas; en otras, por ejemplo, no era importante que la mujer llegara virgen al matrimonio ya que de esta forma sabe de su propia experiencia, si no era así, en muchos lugares se ofrecía a la mujer antes de la boda para que se la adiestrase (en Venezuela, el encargado era el chamán que oficiaba la ceremonia)”³. A pesar de que era común que los hombres tuvieran varias mujeres elegidas por ellos, estando establecida la poligamia, sin embargo, algunas indígenas en Nicaragua eran las que escogían al marido a su gusto, y además en esta región existían prostitutas y la violación era castigada. En otras zonas, la mujer se podía dedicar al comercio y a las artes sin ser denostada por ello. Por citar otro ejemplo, el aborto en la zona de Panamá era normal porque las mujeres sabían cómo realizarlos minimizando riesgos y decidían sobre su propio cuerpo.

Con todo este cúmulo de informaciones vemos cómo estas sociedades reposaban sobre unas bases más libres que las que se empezaron a construir tras la conquista española y la llegada del cristianismo. El choque cultural producido por la Conquista fue enorme para ambas partes. La vida privada y las libertades femeninas de ambas culturas, indígena y española, era totalmente enfrentada. Las mujeres, en algunas culturas, gozaban de una libertad sexual que no perjudicaba moralmente a nadie, pero que resultaba inasumible para las españolas de la época, y estaba hasta permitida hasta la prostitución sin ningún tipo de discriminación social. A su vez, también accedían a roles que en el

³ Robles Santana, Arantxa: “Una aproximación al rol de la mujer precolombina en América”. *Revista Cuadernos del Ateneo*. Nº 32 (2014) Pág.92-109

imaginario colectivo etnocéntrico español eran exclusivamente masculinos, como pueden ser la caza y la guerra, el gobierno y las decisiones sobre el pueblo, negados a la mujer. Por tanto, no sólo las mujeres se dedicaban al cuidado del hogar, a tejer, a sembrar, sino que asumían todo tipo de actividades y así el abanico de sus acciones se ampliaba según las características sociales de la zona. A la llegada de la cultura hispánica tuvieron que saber adaptarse a la nueva situación, a este nuevo rol que se les imponía, y fueron influenciadas notablemente por el entorno español. Igualmente, las españolas ganaron algo de independencia, beneficiándose no sólo por la ausencia de controles de todo tipo con los que se vivía en las colonias, producidos más por necesidad que por convicción, sino también por el conocimiento de otras formas de vida en las que la mujer no estaba tan relegada en la sociedad y en la economía. Las indígenas solo podían adaptarse, resignarse, o resistir en sus ideas hasta la muerte, y las opciones que eligieron fueron variadas. Pero, en muchos casos, como verdaderas supervivientes a la catástrofe que supuso para sus pueblos la llegada de los colonizadores europeos, optaron por negociar con ellos, por asimilarse y vivir bajo las nuevas normas impuestas, por puro convencimiento o con tal de sobrevivir. Las mujeres españolas también podían decidir vivir como conocían, bajo sus rígidas normas morales o sociales, o abrirse a lo nuevo que se les ofrecía y sus resoluciones fueron también variadas.

Para explicar el porqué de la escasa presencia de la mujer, tanto española como indígena, en la historiografía y crónicas tanto de la época como posteriores, podemos aludir a diversos motivos. El primero, a que la historia la escriben y la cuentan los que pueden; y los que ganan. La versión de los perdedores se queda en el olvido. En una sociedad preeminentemente analfabeta, pocos hombres sabían leer y escribir, y muchas menos mujeres. Así, pues, son los hombres, pues, los que han escrito la historia de la Edad Moderna y de la Conquista. Además, eran ellos los que ganaban las guerras y las batallas

contra el mundo indígena y les interesaba destacar su papel, y su valor, a la hora de obtener encomiendas y beneficios. Escribir sobre la vida doméstica y las vicisitudes del día a día no les era provechoso. En un mundo eminentemente bélico, donde se primaba la fuerza, la riqueza, el valor y la nobleza de los orígenes, la mujer era vista como poco más que un trofeo o florero para adornar las estancias y la vida del que pudiera lucirse con ellas. El acceso restringido al trabajo, a los medios de capital y a la toma de decisiones en general, apoyaba esa visión masculina del mundo. Los testimonios directos femeninos se reducen a cartas, solicitudes diversas a las autoridades y declaraciones obtenidas de segunda mano. Los cronistas de la época pocas veces describen a las mujeres y sus andanzas, aunque puedan dedicar grandes párrafos a flora y fauna, con lo que la historia nos ha llegado sesgada y sólo en parte. El gran problema en relación con las fuentes escritas es que éstas están redactadas por hombres, y precisamente los hombres que presenciaron en directo los roles ejercidos por las y los naturales de esa América, de las llamadas en esa época Indias occidentales, eran hombres imbuidos bajo una moralidad aún medieval que no les hacía ser objetivos, el Renacimiento incipiente de la Europa contemporánea, en España estaba aún por llegar. Ellos no prestaron mucha atención a la actividad de la mujer, salvo en determinados casos para engrandecer la posición del hombre. Los cronistas castellanos cumpliendo en muchos casos una función de antropólogos, describieron minuciosamente lo que veían en sus escritos influidos por numerosos factores, mayormente su mentalidad católica, que en la mayoría de los casos les hace tener imprecisos juicios de valor, dándonos datos sobre el comportamiento de las sociedades a partir de los cuales se puede trabajar, pero teniendo en cuenta el doble sesgo que subyace a sus escritos, esto es, un etnocentrismo y androcentrismo claramente marcado. Escriben desde su escala de valores, desde todas sus referencias socioculturales, las cuales observan como indiscutibles, por lo que el encuentro con la diferencia provoca rechazo y

remarca su identidad frente al desconocido.⁴ De la misma manera que muchas veces no narran los abusos de la soldadesca con la población indígena, su crueldad y los martirios a los que les sometían, tampoco mencionan a las mujeres.

Muchos historiadores mencionan también que la Conquista se ha estudiado en gran medida desde una visión anglosajona que buscaba desmerecer la importancia del papel de España en el Nuevo Mundo, destacando sus puntos negativos, frente a los positivos y si bien en cuanto a la conquista de Norteamérica se menciona desde el principio la presencia de mujeres en los barcos que arribaban a sus costas, en Sudamérica parece ser que este hecho se ha soslayado durante años, como si las mujeres indígenas, ni las españolas que arribaron a esas tierras, no hubieran existido. Multitud de autores contemporáneos luchan contra la denominada Leyenda Negra, reforzando la visión española de la Conquista, su importancia a nivel social y económico, su influencia lingüística en las nuevas sociedades, etc. como hecho histórico de primer nivel, sujeto a las pautas morales y sociales de la época en la que se produjo, y destacando la importancia que tuvo en el desarrollo europeo de la modernidad.⁵

Por otro lado, la investigación crítica sobre el hecho de la Conquista de América y sus consecuencias es relativamente reciente. La historiografía se ha llevado a cabo desde el punto de vista triunfalista, economicista y belicista desde el primer momento, centrándose en el estudio de las aportaciones que supuso las riquezas allí encontradas a la Corona Española y en el desarrollo de la Conquista como tal. Sólo a partir del siglo XX la historia social ha comenzado a ver el fenómeno desde otros prismas: la vida en las

⁴ Robles Santana, Arantxa: "Una aproximación al rol de la mujer precolombina en América". *Revista Cuadernos del Ateneo*. Nº 32 (2014) Pág.92-109

⁵En este sentido, es interesante leer la obra "Imperio fobia y la leyenda negra", de María Elvira Roca o "1492, España contra sus fantasmas", de Pedro Insúa.

colonias, el indigenismo, el genocidio, el mestizaje. El feminismo y los estudios de género, de carácter académico, de los últimos años, busca darles a las mujeres su palabra y lugar en la historia del que no pudieron disponer en su momento, recuperando el papel que el patriarcado tradicional les otorgó, dando su justa dimensión a sus vidas y mostrando una nueva visión de la historia, más social y centrada en el ser humano y no por ello, separada de la historia de los hombres. Para Darina Martykánová, historiadora checa que reside en España: *“Las mujeres en América afrontaron sus vidas entre la humillación y el empoderamiento, entre la destrucción y el intercambio, para contribuir a la creación de algo radicalmente nuevo, siendo agentes activas de sus destinos y de los destinos de sus comunidades, incluso en las circunstancias más brutales”*. De forma similar, pero muchos siglos antes, el arrojo y la valentía de estas mujeres se ponía en valor, a la vez que se reconocía su olvido. Philip O ‘Sullivan Beare, soldado irlandés del siglo XVII que sirvió en el ejército español y que llegó a ser conocido como escritor, sobre todo por su obra “La historia católica de Irlanda”, decía: *“No creemos que la historia de ningún país haya producido en tan poco tiempo un cúmulo tal de hembras heroicas, casi ninguna de las cuales ha dejado más que un nombre oscuro escondido entre el polvo de las crónicas”*.

El sueño de Las Indias contagió a toda la población con promesas de enormes riquezas, grandes honores y prebendas provechosas. No sólo, como ya hemos dicho, viajaron las esposas de los capitanes, conquistadores y altos cargos, sino que las solteras o viudas también se animaron a la aventura: fueron el 60% de las mujeres que emigraron. Se embarcaron obligadas por sus maridos a una nueva aventura, en el caso de las mujeres desposadas, o bien decididas por sí mismas a ver con sus propios ojos las maravillas que se contaban del Nuevo Mundo. Mujeres de toda clase social y económica, tanto ricas como pobres, de distinto grado de libertinaje, religiosas tanto como prostitutas, mujeres

aventureras o desesperadas, eso sí, contando siempre con el obligatorio certificado de buena conducta, imprescindible para viajar legalmente. Las trabas migratorias no son un invento de nuestros tiempos: en una Real Cédula de 1549 se prohibía el viaje de “*judíos y moros conversos, reconciliados con la Iglesia, hijos y nietos de quemados por herejía, extranjeros nacidos fuera de los territorios del imperio español y esclavos blancos y negros sin licencia especial*”. Además, en muchos casos debían de tener una capacidad económica más que suficiente para poder hacer frente no sólo a los gastos del pasaje como tal, sino que debían de llevar su propia comida y sustento para los aproximadamente tres meses que duraba el viaje y en ocasiones se veían obligadas a llevar ajuar no sólo vestimenta, sino muebles y textil, suficientes como para montar un hogar en Las Indias. Esta es la razón por la que muchas mujeres viajaran con contratos matrimoniales ya formalizados, *compradas* por unos maridos que se hacían cargo de todos estos gastos. De igual forma, también explica los diversos trabajos, como criadas, prostitutas, etc, que asumían las mujeres en estos viajes. Todo era válido con tal de viajar al Nuevo Mundo y hacer fortuna.

Los subterfugios para la ley no son cosa de hoy en día, ni exclusivamente masculinos. Francisca Brava, por ejemplo, consiguió *hacer las Américas* sin abandonar España. En un documento del Archivo de Indias se cuenta su idea: “*Quien quiera comprar una licencia para pasar a las Indias, váyase entre la puerta de San Juan y de Santiesteban, al camino que sale a Tudela, cabo de un puente de piedra, y allí pregunte por Francisca Brava, que allí se la venderá*”.

Entre las mujeres vinculadas a la Conquista, tenemos muchas emprendedoras que superaron el habitual papel destinado a su sexo en la época: Hubo armadoras como la sevillana Francisca Ponce de León, que fleta su nao *San Telmo* a Santo Domingo apenas 17 años después del Descubrimiento; costureras como María de Vilda, al servicio de la

Reina Isabel de Portugal, que se benefició de una licencia de paso de 20 esclavos negros; gobernadoras como Beatriz de la Cueva, que rigió los destinos de Guatemala; mujeres con grandes dotes para la innovación como María Escobar, o la morisca Beatriz de Salcedo, que se discuten quién pudo ser la primera en importar y cultivar trigo en América; empresarias como Mencía Ortiz, que funda una compañía para enviar mercancías a las Indias en 1549; conquistadoras como la extremeña Inés Suárez, que embarcó en 1537 buscando a su marido y acabó siendo su amante de Pedro de Valdivia y guerreando contra los araucanos en Chile, a cuyos caciques, que estaban ya presos, decapitó sin contemplaciones, e incluso verdaderas mujeres soldado, sin disfraces, como María Suárez y María de Estrada.

La primera virreina de la América colonial, María Álvarez de Toledo, más conocida como María de Toledo, fue una mujer luchadora que intentó mejorar las condiciones de los indígenas, en la medida de lo posible y según lo que se entendía justo y necesario en la época. Luchó también por los derechos propios y de sus hijos frente a los opositores a su marido, Diego Colón (hijo de Cristóbal Colón) que querían apropiarse de sus ganancias y de su herencia, que defendió hasta la saciedad.

Las mujeres que compartieron la vida de Hernán Cortés merecen una atención especial, entre las que destaca La Malinche, como la más conocida entre las mujeres indígenas que intervinieron activamente en la Conquista en el entorno centroamericano, y vilipendiada por su intervención en ella por parte de los habitantes del Nuevo Mundo. Son dignas de mención también sus dos mujeres legítimas: Catalina Juárez, cuya muerte es aún hoy un misterio, y Juana de Zúñiga, que acabó quedando sola en México al cargo de la hacienda de Cortés.

Entre las historias de estas mujeres, hay verdaderos romances, como el de Inés de Atienza, mestiza dotada de una belleza inigualable que cautivó al aguerrido conquistador

Pedro de Ursúa y terminó sus días junto con él, asesinados ambos en la expedición a Eldorado por los conjurados de Lope de Aguirre. Íntimamente relacionada con Inés de Atienza, con la que compartió viaje, contaremos brevemente la historia de la malograda hija de Lope de Aguirre, Elvira de Aguirre, que murió joven y de la que poco se sabe, salvo que el amor mal entendido de su padre le llevó a la muerte.

Ana de Ayala, tomada por prostituta, pero que supo conducir la expedición de su esposo Francisco de Orellana, hasta el final, también es un ejemplo de superación personal. Igual que hizo Mencía Calderón, que viaja con sus tres hijas y toma las riendas de la expedición al fallecer su marido, Juan de Sanabria, e igualmente consigue llevarla a buen término.

Mención especial merecen Catalina de Erauso, la apodada monja alférez, de novelística vida sin igual, rompedora de reglas y de convenciones sociales, e Isabel de Guevara, que intentó defender su trabajo y labor en las Indias frente a la mismísima Juana de Austria, en una misiva que puede suponer una de las primeras reclamaciones laborales feministas de la Historia de España. También Aldonza de Villalobos Manrique reivindicó la capacidad y el poder de la acción femenina, siendo la primera Gobernadora vitalicia de Isla Margarita y logrando que el cargo fuera hereditario para sus descendientes, y no se puede quedar en el tintero la lucha de Catalina de Bustamante, que centró el objetivo de su vida, una vez viuda, en la educación de las mujeres indígenas. La reivindicación de la solidaridad femenina y del empoderamiento de la mujer no es una cuestión actual; el apoyo con personas del mismo sexo se ha buscado desde antiguo, aunque la mayoría de las veces, lamentablemente, no ha existido empatía para con el prójimo y muchas acciones han caído en saco roto. La sociedad española de la época, férreamente dividida en clases sociales cerradas, legitimaba las diferencias en educación y calidad de vida, de ahí lo singular de la acción de aquellas que lucharon por unas mejores condiciones para los

pueblos autóctonos tuvieron que desafiar las normas en las que habían sido educadas, lo que demostraba su modernidad de pensamiento.

Muchas fueron también las mujeres indígenas que estuvieron relacionadas con los conquistadores y con la Conquista en general, de una u otra manera y, que, por tanto, tuvieron su papel relevante en cuanto a su relación con ellos, y sobre todo, relevantes en cuanto a la Historia de América. Algunas fueron bautizadas y sus nombres cambiados a otros más comunes para los españoles: Palaaira Jinnuu (Isabel), Anayansi, Malinali Tepenal (La Malinche), Susy Cunti (La Capullana), Quispe Sisa (Inés Huaylas), Cuxirimay Ocllo (Angelina Yupanqui), Ana Martínez, Palla Chimpu Ocllo (Isabel Suárez Yupanqui), María del Mancho o de Mejía, Beatriz Clara Coya y Ana María Lorenza García Sayri Túpac de Loyola (Marquesa de Santiago de Oropesa). En muchos casos han pasado a la Historia como traidoras a sus orígenes y a sus pueblos, por sus relaciones con los españoles y su importancia en determinados momentos de la conquista, como favorecedoras frente a crisis, emboscadas, o como traductoras, ayudando más a los invasores, que a sus compatriotas invadidos. Otras, caciques y princesas de su pueblo, como Anacaona, mantuvieron sus orígenes consiguiendo ser respetadas por los españoles, aunque sus vidas terminaran trágicamente.

Vamos a narrar la existencia de todas estas mujeres que intervinieron en la Conquista de América, de una forma u otra, acompañando a hombres destacados, o en solitario, como verdaderas conquistadoras y caciques de su pueblo, luchadoras por los derechos de los indígenas y de las mujeres, pero teniendo todas ellas un importante papel en un momento histórico de total importancia para la Historia de España y del mundo. Queda pendiente de contar la historia de las miles de mujeres desconocidas que vivieron y compartieron un momento histórico de inigualable importancia.

Intentaremos componer un pequeño homenaje a sus vidas, por sí mismas, aunque a veces será necesario conocer primero la vida y las hazañas de los hombres a los que acompañaron para marcar su importante papel en la Historia al lado de personajes determinantes en ella, sin, por ello, restarles ni un ápice de su consideración de protagonistas a ellas. La Conquista, contada en femenino.